

BR 161

D8

V. 2

HISTORIA

ECLESIASTICA GENERAL

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

Que contiene los dogmas, liturgia, disciplina, concilios, herejias, curias y lo demás concerniente a la Iglesia desde su establecimiento hasta el año de 1700.

ESCRITA EN FRANCÉS

Por el abate D. Juan de Mariana, conde de Castelfranco, traductor al castellano, con algunas notas, y aumentada con todo el siglo proximo pasado hasta el presente pontificado de N. S. P. el papa Pio VII.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO II.



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

EN MADRID POR CAYO AÑO DE 1800

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLO DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO SEXTO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Retrato político del Oriente y del Occidente durante este siglo.

Anastasio que habia subido al trono por medios poco honrosos á fines del siglo quinto, era de humilde nacimiento, y solo habia ocupado en el palacio empleos medianos. Las qualidades que mostró baxo la púrpura, no desmintieron su origen y su corta experiencia en los negocios. Fué inaplicable, limitado en sus proyectos, ligero, porfiado, y su obstinacion por los errores de Euthichês, unida á su mucha ignorancia y dureza, le hizo perseguidor de los católicos. Se mezcló poco en los negocios de la Iglesia durante los primeros años de su reynado, porque los persas, los isauros y demas bárbaros que atacaban al imperio por la parte del Oriente y del Norte, le ocupaban demasiado para que pudiese extenderse á otros asuntos. Debía su elevacion á la princesa Ariadna hija de Leon I. y viuda de Zenon, con quien mantenía un comercio secreto, la que entregada á su pasión habia consultado ménos el interés del estado que el de su corazón; procurando para su amante los votos del senado y del ejército. Luego que Anastasio quedó desembarazado de las guerras extrangeras que feneció por algunas prosperidades y mucho dinero, volvió toda su atencion hácia las turbaciones que agitaban la Iglesia, y las aumentó por la proteccion que concedía á los euthichianos, cuyos errores habia adoptado. Era

Tom. II.

A

007316

indispensable que los negocios del imperio se descuidasen por un príncipe que pasaba su vida en conferencias con los monges, en señalar penas contra los orthodoxos, en disertar sobre la fe, en convocar concilios, y en disolverlos sin establecer cosa alguna. Los asentistas, sobre cuya conducta no velaba bastante este príncipe, cometieron baxo su nombre cohechos y otros excesos que hicieron gravoso su gobierno á los vasallos del imperio. Su permanente odio á los católicos, y la persecucion que exerció contra ellos hasta el fin de su reynado, han obligado á los escritores á cargar su memoria de muchos hechos odiosos, sin duda fundados sobre la verdad; pero que probablemente han exâgerado, y quizá le acusaron de avaricias y otros vicios, sin exâminar si habia incurrido en semejante sospecha, mas bien porque lo sufría en sus ministros y privados; que por haberlos por sí mismo cometido. Es forzoso confesar en obsequio de la verdad, que fué magnífico en recompensar á las personas de mérito, y que mostró su equidad y su amor por el pueblo, aboliendo el impuesto llamado *chrysargiro*, que se imponía á todos los que exercian el comercio sin exceptuar los mas pobres ciudadanos. Jamas habia estado mas turbado el imperio por las disputas de religion, que quando Anastasio murió en el año de 518 sin dexar hijo, y sin nombrar sucesor.

En la persona de Justino I. logró el imperio un Soberano, digno de los mejores tiempos de Roma. Habia nacido en la Tracia, y era hijo de un jornalero que ganaba su sustento trabajando en el campo. Justino que era de una hermosa presencia, y que tenia inclinaciones marciales; dexó su país para alistarse en la milicia, sirviendo en calidad de simple soldado contra los isauros, distinguiéndose sin duda por sus bellas acciones, pues que el emperador Leon I. le hizo pasar á sus guardias, á no ser que haya debido á su alta estatura este primer favor de la fortuna; entró por adopcion en la familia de los anicios, lo que le abrió el camino á la dignidad de senador. Llegó al empleo de capitan de Guardias baxo Anastasio, y desempeñaba este puesto de confianza quando fué proclamado Emperador el 19 de Julio de 518. Su elevacion es uno de aquellos caprichos de la fortuna, que no son raros en la historia de los Gobiernos despóticos. A pesar de los males que sufrió el imperio por una continuacion de reveses, que

desde largo tiempo no cesó de experimentar: el reynado de Justino pasó por un tiempo de reposo y de felicidad. Era justo, bienhechor, amigo del pueblo, y nadá hacia sin consultar al consejo que habia compuesto de hombres recomendables por su sabiduría y la rectitud de sus intenciones. Si cometió alguna falta, fué la de perseguir con mucho rigor á los arrianos que aun habia: su conducta con ellos irritó á Theodorico rey de Italia que los protegía, porque pensaba como ellos, y le autorizó para usar de represalias contra los católicos. Así se hizo funesto á la Iglesia el zelo de Justino, y atraxo sobre ella una violenta borrasca por las órdenes severas que dió contra sus enemigos.

Justiniano, sobrino de Justino y su hijo adoptivo, subió al trono imperial, que la muerte de este buen príncipe dexó vacante en el año de 527. Su reynado, aunque siempre agitado de sangrientas guerras, fué uno de los mas gloriosos de que la historia hace mencion despues del gran Theodosio. Venció á los persas en muchas batallas, y los obligó por tratados favorables á respetar las fronteras del imperio: forzó á las naciones bárbaras que habitaban á orillas del Danubio, á retirarse al otro lado de este rio que les dió por barrera; reconquistó la Africa y la Italia, restituyendo á Roma una parte de su antiguo esplendor, y recordando al mundo que el pueblo sobre quien reynaba habia mandado á todo el universo. Dos hombres grandes, cuyos talentos supo conocer y emplear útilmente, aunque no fué siempre demasiado justo para recompensar sus servicios, hicieron en su reynado un texido de victorias. El uno era Belisario, el capitan mas hábil de su tiempo, y el mas dichoso que igualó á César por su actividad, su valor, su grandeza de alma, y quizá le excedió mucho, tanto por su prudencia, como por sus virtudes patrióticas. El otro era el eunuco Narsés, natural de Persia, que ganó dos batallas á los godos, mató á su rey Totila, desbarató á los franceses, y balanceó por estas memorables victorias la reputacion que Belisario se habia adquirido con las armas, aunque le cedió en todo lo demas. Hecho Justiniano en su vejez débil, inquieto, desconfiado y fácil en dar oidos á las sugestiones de la envidia, sacrificó á Belisario á sus injustos recelos, y por falsa política fué ingrato con aquel que habia sido el apoyo del estado, y el instru-

mento de su gloria. Fué despojado de sus dignidades este ilustré general, y murió quando no en la miseria, á lo ménos en el abandono y en la obscuridad. Estuvo cerca Narsés de experimentar la misma suerte baxo el siguiente reynado; mas su virtud ménos pura y ménos sublime no pudo soportar la idea de la desgracia, y uniéndose con los bárbaros se vengó en el Estado de los caprichos de la emperatriz Sophía, muger de Justino II. que le pagaba sus servicios con ultrages tanto mas injuriosos quanto le traian á la memoria lo que le faltaba para asemejarse á los demas hombres. Tenia Justiniano grandes miras, vastos proyectos, y su felicidad consistió en encontrar hombres capaces de ponerlos en execucion. Concibió la idea de reformar la jurisprudencia, en que la multitud y variedad de leyes habian introducido la incertidumbre y la confusion. Encargó á Triboniano esta grande empresa, porque era en su tiempo el hombre mas versado en el conocimiento de las leyes. El Código, las Pandectas y la Instituta, que fuéron en pocos años el fruto de sus desvelos, son el mas bello monumento que pudo dexar Justiniano á la posteridad. Por lo que respecta á la gloria de sus victorias, tiene el paralelo de una muchedumbre de conquistadores; mas tocante al cuerpo de Jurisprudencia de que formó el plan, merece ser contado en el pequeño número de los bienhechores de la humanidad; por cuya razon aun reyna sobre la mayor parte de las naciones. Sus últimos años hubieran sido mas dignos del resto de su vida, si hubiese dado ménos oídos á las insinuaciones de la emperatriz Theodora, que habia sacado de un lugar de prostitucion para colocarla sobre el primer trono del mundo. Vivió este príncipe mas de ochenta y tres años, y reynó cerca de treinta y ocho.

Justino II., sobrino de Justiniano por su madre Vigilancia, fué proclamado emperador el 14 de Noviembre de 565, dia de la muerte de su tío, á quien hizo dar sepultura con toda la magnificencia que era debida á sus grandes qualidades y á su suprema clase. Señaló los primeros dias de su gobierno este príncipe por un acto de justicia y de bondad que fué de buen agüero á su reynado. Perdonó al pueblo todo lo que estaba adeudado de los antiguos impuestos, pagó las deudas de su tío, volvió los bienes confiscados á sus dueños legítimos, y levantó los des-

tierros; pero tan bellos principios fueron mal sostenidos. Se experimentó bien pronto por toda la conducta de este Príncipe, que la indolencia, el amor á los placeres, y la indiferencia por el bien público eran su carácter: dexó tambien correr algunos golpes de crueldad que hacen poco honor á su memoria. Narsés, despues de tantos servicios y tantas victorias, fué la víctima de su ingratitud, y de su débil condescendencia con la emperatriz Sophía, que estaba recelosa de este grande general, y temia su mérito. Por todas partas se echáron los bárbaros sobre el imperio, y nuevas naciones vinieron á reemplazar á las que Justiniano habia arrojado ó destruido. Los lombardos que han salido de la Panonia, conquistaron la Italia, y se establecieron allí. Los persas penetraban como vencedores en todas las provincias romanas que rodeaban sus estados. Atacaban otros pueblos á los países mal defendidos que estaban en sus confines; cuyas desgracias (á las quales Justino no daba la menor atencion, y que aun se resistia á creerlas) le despertaron en fin en sus últimos años, en que ya incapaz de sostener el peso del cetro, nombró un colega que pudiese desempeñar las obligaciones. Esta eleccion hizo perdonar en parte á Justino los males que habia causado ó sufrido, y murió ménos odioso porque dexaba al imperio una cabeza capaz de retardar su caída por sus virtudes militares y políticas.

Era este Tiberio II. príncipe que hubiera restaurado al nombre romano una parte de su antiguo esplendor, si el cielo le hubiera concedido un reynado mas largo. No se sabe ni su nacimiento, ni las acciones de sus primeros años, y sí solamente que habia pasado por todos los grados de la milicia, y que habia merecido la confianza del soldado, el amor del pueblo y la estimacion de su Soberano, que por tenerle cerca de su persona, le confirió el cargo de capitán de Guardias. La hermosura de su persona, la regularidad de sus facciones y la gallardía de todo su exterior anunciaban en él una alma activa, firme, elevada, capaz de concebir los mas grandes proyectos y de executarlos. A un mismo tiempo tuvo que combatir á los persas, turcos, ávares, esclavones y lombardos; y si no fué siempre vencedor de tantos enemigos, supo á lo ménos conocer á los unos por los sucesos de sus armas, y estrechar á los otros por tratados que no hubiera concluido en tiempos mas felices, mas las circuns-

tancias los hicieron indispensables. Apenas habia reynado quatro años este Príncipe, quando sintió, aunque todavîa jóven, debilitarse su salud, y caer su cuerpo en una languidez que le amenazaba un fin cercano. Antes de morir quiso socorrer las necesidades del estado, dándole un sucesor que fuesé propio para seguir los proyectos, que no le permitió consumir la brevedad de su reynado. Escogió á Mauricio, y le revistió él mismo de la púrpura imperial en presencia de la clerecía, del senado, de los grandes y del pueblo, que estaban bañados en lágrimas: elogio igualmente glorioso, así para el príncipe que iban á perder, como para aquél á quien habia juzgado digno de subir al trono despues de él.

El nuevo emperador, á quien la fortuna y la victoria habian siempre acompañado miéntras permaneció en una clase subalterna, parece no haber llegado al cúmulo de las grandezas, sino para probar todos los reveses que pueden reunirse sobre la cabeza de un príncipe desdichado. Fueron señalados los principios de su reynado por acontecimientos que prometian ser aun mas felices en lo venidero. Tuvieron sus generales considerables ventajas sobre los persas y los avars; mas bien pronto las cosas mudaron de semblante. Las derrotas, las revoluciones, el desórden de los soldados y la mala conducta de los gefes abrieron una carrera de desgracias, que se terminó por la mas afrentosa catástrofe. El desórden de los elementos se juntó á estas calamidades y las aumentó. Se experimentaron temblores de tierra que trastornaron ciudades enteras, inundaciones que desolaron las campañas, y una peste que arrebató una infinidad de hombres en Asia y en Europa: y el descontento del ejército llegó á poner el cúmulo á tantos males. Amotinados los soldados eligieron por emperador á Phocas, simple centurion. Este rebelde, hombre feroz y cruel, marchó en derechura á Constantinopla. Cediendo Mauricio á su adversa suerte, abandonó la capital, embarcándose con su muger y nueve hijos que componian su familia. Los vientos fueron contrarios á su huida; y arrestado cerca de Calcedonia, el tirano despues de haber hecho degollar á los seis príncipes hijos de Mauricio en su presencia, dió órden para cortarle la cabeza. La emperatriz y las tres hijas que habian quedado tuvieron la misma suerte. Así feneció Mauricio que habia sido la columna del esta-

do y el héroe de su tiempo baxo Tiberio: príncipe cuya suerte fué tanto mas deplorable, quanto despues de su muerte se le ha juzgado por sus desgracias, y se ha intentado hallarle culpable; pero la historia que no tiene otra guía que la verdad, debe colocarle en la clase de los mas grandes Monarcas. Fué tan heróica y tan penetrante la constancia con que sostuvo sus últimas desgracias, que no podrá dexar de llorarse aun quando las hubiese merecido. Al ver correr la sangre de sus hijos no pronunció otras palabras que estas del Salmo 118... *Sois vos justo, Señor, y vuestro juicio es equitativo.* Terminaremos por esta horrible escena lo que teniamos que decir sobre el estado del Oriente, durante el siglo sexto, la que aconteció en 602. Los reynados de Phocas y de sus sucesores en el siguiente siglo nos ofrecerán otras muchas que no serán ménos espantosas. Echemos ahora una rápida ojeada sobre el Occidente, que no estaba ni ménos agitado, ni era mas dichoso.

Continuaba la Africa en estar sujeta á los vándalos hasta la conquista que de esta bella parte del imperio consiguió sobre ellos Belisario con las fuerzas que le habia confiado Justiniano; entónces se vieron los pueblos que la habitaban, cobrar por algun tiempo su antiguo valor y mostrar pensamientos romanos. Pero bien presto despues cayó en nuevas turbaciones, originadas por la ambicion de los gobernadores, y la debilidad de los soberanos, que se veian obligados por las presentes circunstancias á dexar mas autoridad á los subalternos, que la buena política permite concederles; esto no obstante permaneció baxo la dominacion de los Emperadores.

Reynaban en España los visogodos, y las guerras que tenian con sus vecinos aumentaban las calamidades á que estaba expuesta esta porcion de la Europa habia mas de un siglo. No gozaba la Italia de una suerte mas feliz. Libre del dominio de los godos por las victoriosas armas de Narsés baxo Justiniano I. y Justino II. principiaba á respirar despues de tantos reveses como habia sufrido. Hizo esfuerzos para animar la agricultura, el comercio y las artes entretanto que el gran general que habia roto sus cadenas, conservó allí el mundo. Mas luego que fué despojado por las cabalas de la corte, y que los lombardos atraidos de su

resentimiento entraron en ella con las armas en la mano, volvió á caer en todos los males que no habia tenido tiempo de reparar. Longino que fué el primero que tomó el título de Exárco de Ravena, y los demas generales que mandaban despues de él baxo el mismo título por los emperadores de Constantinopla, estuvieron siempre en guerra con los lombardos; y sus mismas victorias contra estos nuevos usurpadores no sirvieron sino para arruinar las ciudades y desolar los campos.

La Alemania y el Norte de la Europa estaban habitadas por naciones feroces, que no salian de sus montañas sino para saquear y destruir sin ningun plan seguido, y aun sin designio de formar establecimientos durables en las comarcas que venian á desolar casi todos los años. Se ha visto, no obstante algunas de estas *hordas* ó tribus vagabundas y guerreras que habian tomado su ruta hácia el Mediodía, anunciar algún proyecto de conquista; pero la corta disciplina que reynaba entre estas tropas errantes, y la ligereza natural á todos los bárbaros, les impidieron seguir sus empresas, aun quando debiesen ser animados por los favorables sucesos.

La Inglaterra estaba sometida á la Heptarchía, que así se llamaba el gobierno de los anglo-saxones, que penetraron en esta isla hácia mediados del siglo quinto. Establecieron en ella siete principados independientes, que tenían cada uno su cabeza y su propia administracion. Se hallaban ligados por un interes comun, y formaban entre sí una confederacion política y guerrera, como se ha visto despues en la de los cantones suizos y en las soberanías que componen el cuerpo germánico. Se cree que sin una union semejante, estos pequeños reynos vecinos, débiles y envidiosos serian bien pronto destruidos. A pesar de las reiteradas victorias de Arthur, por sobrenombre el Grande, que defendió largo tiempo con un heroico valor la libertad de su país, fué necesario ceder á los extrangeros que se rehicieron sin cesar con nuevos refuerzos. Una porcion de los antiguos bretones pasó la mar y se retiró á la Armorica ó Bretaña francesa; y la otra se avecindó en la provincia de Cornovailles, y en el país de Gales, y no tenía mas ocupacion que la de socorrer con el trabajo las necesidades de la vida, y la de luchar contra el poder de los heptarchas, armados siempre para sujetar á estos restos de la nacion.

Los de Borgoña y los franceses dividieron entre sí las provincias que formaban las antiguas Galias, de tal manera que el poder de los primeros, variando continuamente en su extension iba siempre debilitándose; y el de los segundos crecia todos los días por la superioridad que tomaban sobre sus vecinos. Vencedor Clodoveo de todos sus enemigos, temido en toda la Europa, y solicitado por los soberanos de Constantinopla que habian creído atraerle, revistiéndole de las dignidades del imperio, murió cubierto de gloria en principios de este siglo. Habia extendido su dominacion desde el Rhin hasta los Pirineos; mas la monarquía, de que habia sido el verdadero fundador, y que dexaba en un estado floreciente, dividida entre sus hijos, reunida despues, y partida de nuevo, fué sin cesar despedazada por las discordias de los príncipes que le sucedieron durante todo el curso de este siglo. Los recíprocos odios de Fredegunda y de Brunquilda, la una muger de Chilperico I. y la otra de Childeberto II., ambas ambiciosas, violentas y familiarizadas con los delitos, sembraron la discordia entre las diferentes ramas de la familia real, y hicieron traiciones, muertes, y aun parricidios tan frecuentes que apenas ya causaban admiracion. Se puede decir generalmente que los reynados de los primeros príncipes franceses fueron tiempos de horrores y de calamidades. Así quando se extiende la vista sobre el Oriente y el Occidente, se ven de un extremo al otro del mundo las provincias que formaban el vasto imperio de los Romanos, atormentadas por los crímenes de la ambicion, y por los saqueos de la barbárie; de suerte, que los pueblos no se diferenciaban entre sí sino por las mas ó ménos desgracias de que eran sucesivamente los instrumentos ó las víctimas.

ARTICULO II.

Estado del entendimiento humano con relacion á la filosofia y á las letras.

En este último siglo habemos visto al espíritu humano degenerar sensiblemente, perder por grados las luces con que habia todavia lucido aun despues de los bellos

dias de la literatura y de la filosofía, y alejarse de los verdaderos principios, de lo bueno y de lo cierto en todo lo que tiene relacion al talento, al gusto y al juicio, á medida que se sacudia la autoridad de los grandes modelos para pisar caminos desconocidos. Los progresos de esta corrupcion cada dia se hicieron mas rápidos, y vamos á ver á los hombres correr á paso precipitado hacia la ignorancia, que es la consecuencia ordinaria de la barbarie.

Se hallaba lleno el Oriente de facciones, de cabalas y de parcialidades. El trono vacilaba baxo de aquellos á quienes hacian colócar la maña, la casualidad, y frecuentemente la rebelion y el crimen. Armados continuamente los soberanos y sus ministros contra los enemigos de afuera, ú ocupados con movimientos interiores, que sin cesar agitaban la corte y el ejército, ponian toda su atencion en mantenerse vigilantes contra los ambiciosos que maquinaban despojarlos de sus empleos, en librarse de los lazos que les tendian, y en prevenir las revoluciones que podian aparecer de un momento á otro. Rodeados de lisongeros, de espías y de esclavos siempre prontos á incensar sus caprichos, ó á adular su gusto con la molicie y los placeres, no buscaban el mérito, y quizá aun le temian como peligroso, sea porque pretendiese hallarse con derecho de instruirles y darles luces, ó sea que se contentase con juzgarlos; y finalmente el mérito literario hubiera sido inútil y aun despreciado en una corte llena de almas viles, dominada por eunucos, sembrada de escollos, y muy frecuentemente manchada con los crímenes de la infamia y de la crueldad. La filosofía, que eleva el alma, que da energía al valor, fuerza y vigor á los pensamientos, no hubiera sido ménos forastera en una semejante habitacion. En fin, los amables talentos y las bellas artes huyéron de los lugares en donde no habia finura, gusto, libertad, decencia ni alegría, y en donde la corrupcion mas grosera habia ocupado el lugar de los honestos divertimientos y agrados que permite la virtud.

Esto no obstante, no quiero decir que fuesen absolutamente abandonadas las ciencias y las artes baxo la dominacion de los príncipes que ocuparon el trono imperial. El espíritu activo y curioso de los griegos necesitaba fomento. Las disputas de la Iglesia y las maniobras de los dife-

rentes partidos que se agitaban en su seno, asistian al mayor número todo lo que era preciso para ejercerlas en su gusto natural, que era el dominante. Mas siempre habia en el imperio algunos hombres escogidos que cultivaban la filosofía y la razon en su retiro y reposo; los cuales no tomaban parte en los negocios públicos, ni en las cabalas de la corte. Les permitia Justiniano retirarse á Atenas, antigua patria de las artes y de las letras, vivian allí léjos de ambiciones, de injusticias, de espectáculos sangrientos y de revoluciones, de que era frecuentemente testigo la capital. El objeto de sus meditaciones y de sus desvelos era conciliar á Platon, Aristóteles y Pitágoras entre sí, y con ellos mismos; mas no produjo este estudio estéril sino comentarios, y ningun descubrimiento importante, ninguna observacion útil, nada de nuevo, nada que descubriese ingenio y que pudiese contribuir á los progresos de la razon. Fué cultivada la historia con mejor suceso: las obras justamente estimadas de Agathias, de Pablo el Silencioso y de Procopio, de donde sacamos aun actualmente el conocimiento de los sucesos políticos y de las costumbres de este siglo, son una buena prueba. La poesia se iba enflaqueciendo, sus producciones eran floxas y baxas, sin invencion, sin calor y sin entusiasmo. La eloqüencia no conocia otros maestros sino retóricos débiles, oscuros, pueriles y llenos de hinchazon. Tal era el estado de las letras y de las ciencias en los paises, que reconocian por Soberanos á los Emperadores de Oriente.

Las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie se aumentaban mas y mas en el Occidente. Las naciones groseras que se habian apoderado de él, no conocian sino la guerra y las armas, ley del mas fuerte. Despreciaban las ciencias que no habian podido servir, para preservar de la esclavitud á los pueblos cultos y civilizados que habian sujetado. Las confundian con la molicie y la cobardía, y las miraban como el origen de la corrupcion y de los vicios vergonzosos; á que los últimos romanos se habian entregado, y que les habian hecho tan fáciles de vencer.

Este juicio, aunque totalmente falso, unido al perjuicio de una educacion que se limitaba á los ejercicios del cuerpo y al manejo de las armas, mantenía á los francos, borgoñeses, godos y demas bárbaros establecidos en la Europa en la ignorancia, de que se jactaban como nada

aprovechaba el don del entendimiento, la eloqüencia, la filosofía y la ciencia legal para adelantar y llegar á los empleos; baxo gobiernos incultos, sin principios, y en donde todo lo conseguian el capricho, la ocasion y la fuerza; los vencidos adoptaban las ideas de los vencedores, y se entregaban como ellos á la profesion de las armas, á los ataques y á los combates, únicos ejercicios que conducian á la elevacion y á la fortuna. Se limitaban, pues, las letras á la clerecía, que por su estado estaba obligada á instruir al pueblo, á atacar los errores, á leer para aprender el dogma, y á escribir contra aquellos que le impugnaban: se refugiaron los estudios á los monasterios. El reposo de estos asilos de piedad, el ocio de que allí se gozaba, y la abundancia que en ellos habia reynando la liberalidad de los fundadores, les hacian propios para servir de retirada á las ciencias y á las artes; mas estas se hallaban privadas del primer principio de la vida, y del único móvil capaz de animarlas, que son la emulacion y la esperanza de la gloria. Así quales hayan sido estos estudios y los de los claustros desde este siglo hasta la renovacion de las letras, darémos una idea justa é imparcial quando habláremos de las escuelas que fuéron establecidas en las catedrales y en los monasterios; cuyo asunto reservamos para el siguiente siglo, á fin de hacer las observaciones mas útiles, colocándolas baxo la época de los acontecimientos que á propósito presentaremos.

La curiosidad, que es uno de los caracteres del espíritu humano, ó por mejor decir, uno de sus males, no es menos activa baxo el imperio de la ignorancia, que baxo el de la razón ilustrada, y acaso lo es algunas veces mas porque conoce ménos sus límites, y que todos los medios le son favorables con tal que ella se satisfaga. Sirven para justificar esta reflexión las prácticas supersticiosas que principiaron á tener acogida en este siglo. Se empleaban en aprender las cosas ocultas, penetrar lo venidero, conocer los designios del cielo y acomodarlos para sus intereses; y se hicieron de un uso mas freqüente y mas extendido en lo sucesivo. La legislacion las adoptó, y en la misma religion parecia se autorizaban durante algun tiempo: mas la renovacion de la luz hizo bien pronto ver su ridiculez y absurdo, de cuyo asunto nos ofrecemos á hablar mas largamente, quando describamos las formalidades civiles y religio-

sas que estuvieron en uso, con estas extrañas ceremonias que llaman pruebas judiciarias y juicios de Dios.

ARTICULO III.

Estado de la Iglesia en todas las partes del mundo christiano.

Para dar una justa idea del estado en que se hallaba la Iglesia de Oriente á principios de este siglo, es necesario referir un suceso que habia acontecido en los últimos años del siglo precedente, y que con propiedad pertenece aquí su colocacion. Habia expedido, como se sabe, el emperador Zenon en 485 el célebre edicto de pacificacion, llamado Henótico, por el qual pretendia reconciliar todos los partidos que se habian formado en la Iglesia con motivo de la doctrina de Eutichês y del concilio de Calcedonia, en el qual se habia condenado esta doctrina. Acacio que habia sucedido á San Gennadio en la silla patriarcal de Constantinopla en 471, era el verdadero autor de esta empresa de Zenon, habiendo conseguido como cortesano hábil apoderarse de la debilidad de este príncipe, deseoso de influir en los negocios de la religion por luces que no poseia, y por una autoridad de que abusaba. Persuadido Zenon por las insinuaciones del patriarca, quien se hallaba tan dispuesto á oír, creyó que tenia facultad de sentenciar sobre las disputas que no habian podido cortar el juicio de los pastores. Fué aceptado el plan que Acacio le propuso con tanto mas gusto, quanto lisonjeaba su inclinacion, y que por otra parte el calor de los espíritus y la duracion de las contestaciones atraían un perjuicio sensible al estado por la division de los ciudadanos de todas clases que tomaban partido en estas discordias, segun los intereses de aquel á que se inclinaban. Léjos de conciliar la paz y la uniformidad el Henótico, llegó á ser una nueva piedra de escándalo. Hubo sus divisiones en pro y contra este edicto, como se habia executado en favor de las opiniones de Eutichês ó del juicio doctrinal que las habia proscrito. Nuevo motivo para disputar, acusar y aborrecer; nuevo pretexto para deponer, desterrar y perseguir, quando no se podia alcanzar con artificios ó violencias la aceptacion del edicto que se queria poner en lugar de